



Onomázein

ISSN: 0717-1285

onomazein@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile  
Chile

Ruiz Stull, Miguel  
ENSAYO SOBRE ESTILO Y VARIACIÓN  
Onomázein, núm. 14, 2006, pp. 171-196  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134516602006>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## ENSAYO SOBRE ESTILO Y VARIACIÓN<sup>1</sup>

Miguel Ruiz Stull

ruizstull@prof.udp.cl

Universidad Diego Portales

### Resumen

Este ensayo pretende determinar los distintos aspectos en que es posible tematizar la noción de estilo en el contexto de las ciencias del lenguaje. Esta pretensión se establece a partir de la vinculación del estilo con otras instancias de la teoría del lenguaje, como son las definiciones de sentido y discurso. De este modo, el estilo se configurará como entidad representativa de las variedades específicas que se observan de las constantes generales en que se constituye el sistema lingüístico.

**Palabras clave:** estilo, teoría del lenguaje, teoría del discurso, variación lingüística.

### Abstract

*This essay intends to determine the different aspects in which it is possible to discuss the notion of style in the context of the language's sciences. This pretension is established from the entail of the style with other instances of the theory of the language as they are the definitions of sense and speech. In this way, the style itself will configure as a representative entity of the specific varieties that are observed of the constant generals in which the linguistic system is constituted.*

**Key words:** style, theory of language, theory of discourse, linguistic variation.

---

<sup>1</sup> Este ensayo corresponde a una versión de la primera parte de la tesis *Estilo y novela-film*, presentada al Departamento de Lingüística de la Universidad de Chile, para obtener el grado académico de Magíster en Lingüística Hispánica.

En el año 1997, el lingüista Jean Michel Adam escribía sobre la importancia de reconsiderar la noción de estilo en el seno de los estudios del discurso. Sin embargo, esta reivindicación posee no solo obstáculos operativos y metodológicos que validen su pertinencia dentro de los estudios lingüísticos, sino que este concepto, además, implica una dificultad histórica a la hora de establecer una referencia clara y precisa respecto de su propia significación y definición de su alcance. Sin ir más lejos, Greimas, en la obra *Semiótica* (1990), afirma que es complicado definir este término en un nivel semiótico, ya que este concepto se define a sí mismo en correspondencia con todos aquellos elementos que son impertinentes o que ofrecen una resistencia mayor a cualquier tipo de sistematización en el marco de cualquier estudio de rigor estructural. En otras palabras, lo estilístico o la variante estilística es lo que frecuentemente cualquier investigación de orden científico o de ánimo científica excluye o aparta de sus intereses estructurales y descriptivo-explicativos: identificación de elementos mínimos constituyentes del sistema o constantes distribuidas regularmente dentro de un determinado esquema –sea a un nivel fonológico, sintáctico o semántico.

De esta forma la empresa llevada a cabo por Adam posee un valor inmenso al relevar, con un grado de importancia mayor, aquellos fenómenos lingüísticos que han sido apartados o excluidos por ser considerados en una escala menor: como *variantes* de una variable relevada en cualquier descripción. Adam habla, a partir del capítulo segundo de su obra *Le style dans la langue* (1997), acerca de la forma de constituir como objeto de estudio válido, o a lo menos validable, aquellas peculiaridades o singularidades que representan la noción de estilo en el marco de los estudios de la lingüística rigurosa. La discusión se centra en la problemática que subyace en la noción de lengua que se maneja a la hora de emprender cualquiera de estas investigaciones. Es en este sentido que los esfuerzos de Adam se ajustan a establecer argumentos y ejemplos, de modo de definir una suerte de complementariedad entre lo sistemático que podemos hallar en el seno de la lengua, sistematicidad defendida por el dominio de la palabra y la operancia de las reglas gramaticales de una lengua ‘natural’ específica, y el caso anómalo o variante que hace tensar el alcance mismo de la regla.

Nuestro punto de vista se funda en esta tensión que posee como ingredientes la estaticidad propia de la regla enfrentada al dinamismo de la variante de la regla. O como lo subrayan Bakhtine y Volochinov en *Le marxisme et la philosophie du langage*, citado por el mismo Adam (1997:31) y retomado también por el análisis del discurso emprendido por Fowler (1995: 108-9), quienes consideran como imposible y metodológicamente irracional establecer una frontera o límite estricto y

riguroso entre el esquema gramatical y la variante estilística de cualquier fenómeno de lengua. Esta afirmación se sostiene en un entendimiento orgánico y sintético de los hechos de lengua: en una justa combinación o composición entre el objetivismo abstracto representado en la gramática y el subjetivismo individual reflejado en los estudios estilísticos (cf. Adam 1997: 30). De este modo, no es desacertado indicar al estudio del estilo como *una variación ramificada de la lengua*, como subtitula Adam el capítulo sobre “Gramática y Estilo”, apelando a una afirmación de inspiración deleuzeana de *Crítica y Clínica* (1997). El estilo, entonces, no es reductible a una definición configurada a partir del desvío de una norma establecida, ni tampoco podemos hallar su génesis en una espontaneidad afectiva de un hablante en particular<sup>2</sup>. Nuestra óptica acerca del estilo, por tanto, apuesta tanto a la disolución de un cierto objetivismo sistemático y conceptual vinculado a una idea estricta de gramática y de lengua, como también a un subjetivismo ligado a una cierta noción obscura de genio y espontaneidad: la espontaneidad está alojada en la potencia misma del sistema que se expresa en específicas actualizaciones; el problema del estilo, sostenemos, reside justamente en el tránsito en donde lo virtual se efectúa en lo actual.

De este modo, es lícito sostener que a diferencia de una lingüística interna que se centra fundamentalmente en el sistema, *i.e.*, sobre un

<sup>2</sup> Esto se puede atestiguar en los mismos fundamentos de la estilística que podemos denominar como clásica: por ejemplo, la idea de estilo administrada por Spitzer (1955) se vincula con un uso desviado de naturaleza psíquica, frente a una norma establecida: “la desviación lingüística no siempre ha de ser algo desusado enteramente. Se trata a menudo de pequeñas variaciones, de un simple bajar el pedal (...) y esos casos son los más interesantes para quien estudia la evolución del idioma, porque permiten sorprender *in flagranti*, en la nueva expresión, su pasaje de la lengua individual a la lengua común (*de parole a langue*, para decirlo con Saussure)” (140). Es precisamente la determinación de ese pasaje entre lo particular y lo general, entre la singularidad y multiplicidad del uso frente a lo universal y la unicidad del sistema, lo que es expresado por la noción de estilo. Distinto es el caso de Bally (1951) al afirmar que: “la Estilística estudia los hechos de expresión del lenguaje organizado desde el punto de vista de su contenido afectivo, es decir, la expresión de los hechos de la sensibilidad por el lenguaje y la acción de los hechos sobre la sensibilidad”, lo que significa que el estilo funciona como un sintetizador de la experiencia cifrada a través del uso específico de la lengua. Evidentemente tanto en Spitzer como en Bally esto se traduce en una apuesta que define un sujeto como lugar de síntesis y aglutinación del sentido manifestado por determinada emisión lingüística. La posibilidad del estilo no arranca de la expresividad sujeta a una realidad psíquica inabordable, que sirve de fundamento y génesis de determinado uso desviado de un sistema lingüístico. El estilo, al contrario, se aloja en su realización en la naturaleza virtual del sistema, que traduce el sentido de una proposición a través de la puesta en tensión de las mismas reglas de combinación, tanto de modo diferencial y solidaria para el estructuralismo, como de derivación, composición y, principalmente, transformación para el caso de una gramática generativa. En suma, la noción de estilo tiene que ver tanto con lo individual como lo colectivo que es posible evaluar en determinados estados de lengua, o bien, en determinadas escalas de análisis, ya que el estilo se vincula tanto con la manifestación de un sentido como con lo virtual que se actualiza en un contexto definido de enunciación.

código que pone en juego un número finito de categorías de unidades y de reglas de combinación de estas unidades, la lingüística que Adam propone llamar ‘pragmática textual’<sup>3</sup> busca describir y teorizar primordialmente la diversidad de obras en todo acto de enunciación, sea este escrito u oral. Si otorgamos nuestro asentimiento a que el texto, como lo sugiere Adam a partir de la lectura a Bakhtine, es el espacio donde se combinan orgánicamente la gramática y el estilo, en el análisis textual es lícito introducir en correspondencia la diversidad y la variación en una descripción del sistema complejo y abierto en las lenguas. La gramática de la lengua tal como es entendida por Bakhtine y Bally está caracterizada por una pluralidad tanto polilectal como polifónica de la codificación que la descripción de enunciados singulares permite determinar. Si la *gramática* se convierte en la teorización de una variación de los sistemas inscritos en la lengua, de una variación descrita *estilísticamente* en el cuadro de una unidad Texto, se rompe con la dicotomía fundadora de la estilística literaria. Si antes Cassirer afirmaba que el corazón del lenguaje se halla más en el estilo que en la gramática, Adam agrega que la lengua debe ser buscada tanto en la estilística como en la gramática, apelando de esta forma a la inspiración bakhtiniana en donde la heteroglosia y la polifonía inscritas en la naturaleza de todo enunciado, enmarcadas en los constantes relevos dialécticos que se concretan en la ya manida noción de lo carnavalesco, cifran o expresan un *conatus* de síntesis entre aspectos ligados tanto a la estética del sistema como al dinamismo observado en las posibles actualizaciones registradas en los enunciados concretos<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Cf. Adam (1997: 32). El mismo ánimo analítico es observable en el proyecto de una *textología comparada* en “Del orden del discurso al orden del texto” de Francis Jacques (1998): “se puede avanzar razonablemente diciendo que será la tarea de la tipología de las secuencias textuales, del análisis de los sistemas simbólicos utilizados y de las estrategias discursivas que los utilizan, más radicalmente la de una teoría general de las estructuras interrogativas, la de abrirnos un camino un día no demasiado lejano” (193). Tanto en Adam como en Jacques, se realiza una evaluación de los textos desde una perspectiva dinámica en donde géneros y tipologías siempre tienen un valor provisional respecto de los criterios de corte e inclusión del carácter singular y específico de cada texto en su particularidad. En ambos casos, además, es fundamental el acontecimiento de la lectura del texto, como condición primordial, no solo de su legibilidad, sino de la puesta en marcha del sentido. Volveremos más adelante sobre el papel fundacional de una teoría del sentido en la efectuación de toda instancia analítica de los textos.

<sup>4</sup> Este es el esfuerzo constante de Adam en *Le style dans la langue*, i.e., incrustar un índice y principio dinámico para el entendimiento del sistema lingüístico en general, a partir de la observación a textos literarios. Veremos, desde el horizonte de los estudios de la sociolingüística laboviana, que este principio dinámico no solamente afecta o se origina en la lengua poética, sino que también en registros de habla considerados menores o derivados –propiamente lo vernacular.

De esta forma, el estilo y su posible conceptualización con vistas a su operancia descriptiva y explicativa rebasaría lo que habitual e históricamente se ha pensado acerca de su posible definición. En otras palabras, deja de ser el estilo una simple reunión de características absolutas que determinan las condiciones de reconocimiento de un texto o discurso particular respecto de un género previamente definido –‘este texto corresponde a una expresión lírica específica del medioevo español’, *v.gr.*–, o bien, el conjunto de características singulares que permiten o cifran la propiedad de un texto o discurso en los marcos de un autor particular o colectivo –‘el conflicto de esta novela manifiesta claros visos kafkianos’ o ‘la escritura de Lautremont adelanta ciertas singularidades propias de la estética surrealista’, *v.gr.* El estilo, al contrario, se inscribe en la instancia decisiva de la creación misma al nivel sintáctico y suprasegmental con que se manifiesta el fenómeno poético, productivo y no reproductivo de toda lengua en cuanto a su rendimiento en efectos de sentido<sup>5</sup>: es este punto el que condiciona el reconocimiento del carácter específico de todo texto y no a la inversa.

En consecuencia, el estilo, dejado de lado tanto en los estudios literarios como en los lingüísticos por ser entendido en la simplicidad de un conjunto de singularidades propias de tal o cual perspectiva particular con vistas a una taxonomía general de los textos<sup>6</sup>, en nuestro horizonte cobra un valor de tendencia o inclinación, en la cual los enunciados se disponen a funcionar de determinada manera, independientemente del producto final, dado en la totalidad de una obra o de la poética de un autor, un colectivo, o bien de un período de la historia de la literatura y de los textos. En términos sintéticos, el estilo no es tanto una serie

---

<sup>5</sup> Del mismo modo es visto por Deleuze (1997), en sus análisis relativos a Proust, Kafka o Melville, determinando el estilo como el lugar de la creación sintáctica por excelencia escindida y liberada de todo ideal comunicativo, que se funda ciertamente en la identidad intersubjetiva de los componentes de toda ‘circulación informática’. “Kafka pone en boca del campeón de natación: hablo la misma lengua que usted, y no obstante no comprendo ni una palabra de lo que está usted diciendo (...) no hay creación de palabras, no hay neologismos que valgan al margen de los efectos de sintaxis dentro de los cuales se desarrollan” (16). De este modo, el estilo es propiamente tal creación sintáctica y no meramente léxica: hacer devenir la lengua en otra, desde su interior y desde su realidad, y no simplemente desde su posibilidad, como frecuentemente se entiende lo virtual del sistema.

<sup>6</sup> Ciertamente esta tradición es antigua, la que se sostiene en la comprensión de usos léxicos exclusivos para determinada línea y propósito de los textos, que se expresa en la famosa y largamente solicitada *rota virgiliana*. Momento clave de la historia literaria, dada por Isócrates y Quintiliano, en donde se produce el tránsito de la retórica desde un arte y análisis del discurso hacia una colección y clasificación de figuras, colores y ornamentos de los textos: una tropología. La instancia helena y romana, respectivamente, de la posición de la retórica en la cultura. Aquí nos remitimos a los análisis de Nietzsche en *Escritos sobre retórica* (2000).

de predicados atribuibles respecto a una serie singular de obras<sup>7</sup>, sino, más bien, surge como un índice de las condiciones de atribución de ciertos caracteres de aparición en obras y enunciados dados y posibles, lo que significa incrustar o injertar un principio asistemático y dinámico en lo sistemático y estático que define la concepción general de una lengua. Desde nuestra perspectiva es una exigencia que la noción de estilo establezca y constituya el paso enigmático o discontinuo entre lo virtual que hallamos en el sistema y lo actual que observamos en la singularidad concreta de un enunciado.

Por consiguiente, la noción de estilo puesta en este horizonte o planteamiento del problema se aleja también de las concepciones que habían dado una cierta relevancia al rol del estilo en las investigaciones lingüísticas: como lo hallamos en Riffaterre, para quien el estilo es una función que subraya los rasgos significativos del mensaje, en oposición a la normalidad del contexto, lo que en definitiva implica una especie de desvío frente a una norma dada, es decir, la norma y su sistematicidad siguen siendo condición de la aparición de estas variantes desviadas de aquellas constantes apostadas e inscritas en el mismo sistema<sup>8</sup>. Para Carreter, por otro lado, el estilo es la interacción entre formas del contenido y formas de la expresión. Es un lenguaje connotado, siguiendo la tendencia de la teoría glosemática de Hjemslev, lo cual hace aparecer al estilo en una función más compleja, territorializando un espacio de juego o circulación formal entre constituyentes significativos o correlativos –expresión y contenido<sup>9</sup>.

La noción de estilo, si bien comporta ciertos aspectos que pueden ser considerados respecto de la ya mentada característica de desvío, no es menos cierto que esta noción de desvío aparece definida en referencia con la de norma, ya sea entendida como convencional o sistemática, la que en definitivas cuentas no solo determina la posibilidad de que tal o cual variante de una constante del sistema aparezca en determinado

<sup>7</sup> Si solicitamos un lugar clásico como el *Manual de retórica literaria* (1980) de Heinrich Lausberg, encontramos que el término latino ‘stylus’, referido al ejercicio o práctica general de la escritura, se encuentra determinado cuantitativamente por más de 170 adjetivos a través de la historia de los textos. Lo mismo ocurre con su correspondiente moderna en francés ‘style’ determinado por el uso de un número de más 130 adjetivos. Esto no solamente indica o expresa el alto grado de indefinición del propio término o de la variedad de contextos en donde esta noción es solicitada o participa, sino que además permite inferir que un hecho de estilo es de naturaleza fluctuante, porque siempre ha de remitir a la especificidad del caso que hace posible su mención. Flujo y especificidad que, como veremos, se corresponde al estado natural característico del lenguaje.

<sup>8</sup> Ver voz ‘estilo’ en Marchese et Forradellas (2000).

<sup>9</sup> Ver voz ‘estilo’ en Carreter (1990). Entendemos correlativos en la significación precisa de Hjelmslev en *Prolegoména* (1980), i.e., como aquella dependencia que funciona a partir de la alternancia o equivalencia –o...o (35-6).

contexto enunciativo, sino que, además, evalúa su relevancia o grado de significación respecto del punto en que esta variante se presenta y se posiciona dentro del sistema mismo de constantes de la lengua. Nuestro punto enfatiza que, siguiendo las reflexiones de Deleuze (1997; 2002) y Guillaume (1970), un hecho de estilo no comporta un desvío respecto de una norma gramatical restringida y arbitraria garantizada por la potencia estática del sistema, sino más bien es un dato a nivel del sentido que explota las virtualidades –eventualmente las más escondidas– del sistema y de las relaciones específicas de otras formas, en la unidad que se constituye como texto. Lugar de la realización o actualización de los *agenciamientos* de la lengua, el texto es un espacio donde todo se interrelaciona (*où tout se tient* saussureano): el texto permite aprehender un hecho de la lengua dado (el empleo de un adverbio, de un tiempo verbal, de un pronombre, de un adjetivo, de una construcción sintáctica) en la complejidad de sus relaciones con otras formas, con una situación discursiva particular y con una intencionalidad enunciativa compleja donde la variación implica y complica al sistema<sup>10</sup>.

Tal como Proust, en las críticas de *Sainte-Beuve* (1920), señalaba que el acto de escribir para el novelista es algo así como crear una lengua menor de una mayor<sup>11</sup>, Deleuze propone que escritores como Kafka o Beckett, por ejemplo, más que ser un checo que escribe en alemán o un irlandés que a menudo escribe en francés o en inglés –situación que claramente puede ser encasillada en una suerte de bilingüismo o multilingüismo que permite la mezcla de las dos lenguas dejando intacto lo sistemático y lo homogéneo de cada una y de la mezcla de constantes de ambas–, lo que escriben es una invención lingüística que se minora o se resta o se sustrae de la lengua mayor en la que se expresa por completo, alcanzando la totalidad virtual que representa el sistema. Literatura menor<sup>12</sup> es la noción que circula en este argumento,

<sup>10</sup> Cf. Adam 1997: 46. Y en esto seguimos también a Hjelmslev (1980: 13) cuando define que la tarea de la investigación lingüística arranca del texto aún sin analizar, “indiviso y en su integridad absoluta”.

<sup>11</sup> Cf. Adam 1997: 73 ss. O bien extranjera, como ya lo señalaba desde antiguo el propio Aristóteles al señalar que: “lo que aparta de los usos ordinarios consigue que <la expresión> aparezca más solemne, pues lo mismo que les acontece a los hombres con los extranjeros y con sus conciudadanos, eso mismo ocurre también con la expresión. Y por ello conviene hacer algo extraño (*xenikos*) al lenguaje corriente (*dialektos*), dado que se admira lo que viene de lejos, y todo lo que causa admiración, causa asimismo placer” (*Ret.* 1404b 5-10). Es decir, es un aporte al discurso mismo, ya que no es simplemente un ornamento que se agrega a la *sustancia* del texto, sino que en cuanto placentera el uso de la extrañeza suma un grado más de conocimiento y experiencia, como acontece también para el uso adecuado y claro de la metáfora en el discurso (Ver *Ret.* 1405a5 ss.).

<sup>12</sup> Dentro del contexto de la crítica deleuzeana a la obra de Kafka, se expresan los rasgos principales de la denominada ‘literatura menor’ bajo las siguientes determinaciones: “Una literatura menor no es la literatura de un idioma menor, sino la literatura que una minoría hace dentro

que comparte un doble registro: por un lado, se manifiesta en la pura sintaxis de los enunciados, pero entendida no desde un formato lineal, de líneas rectas entre palabras y desde las palabras a las cosas, sino como la conjunción de vías indirectas producidas en cada caso para expresar la vida de las cosas a partir de las fluctuaciones del propio lenguaje<sup>13</sup>. Por otro lado, esto consecuentemente afecta al sentido mismo de toda proposición, el cual se torna en la materia misma de toda expresión que se manifiesta en el recorrido suprasegmental o prosódico de todo texto<sup>14</sup>.

¿Es posible, preguntamos, forzar la lengua sin que haya posibilidad de confundirla con el habla, en un campo enunciativo que proponemos preliminarmente como experimental? Todo depende, respondemos, más bien de la manera de definir el concepto de lengua: si se toma como un sistema homogéneo en equilibrio, o próximo al equilibrio, definido por unos términos y unas relaciones constantes, resulta evidente que los desequilibrios o las variaciones solo afectarán a las palabras (variaciones no pertinentes del tipo entonación, acento, prosodia, etc.); pero si el sistema se presenta en desequilibrio perpetuo, en bifurcación, en unos términos en los que cada uno recorre a su vez una zona de variación continua, entonces la propia lengua se pone a vibrar, a balbucear, sin confundirse no obstante con el habla, que tan solo asume una posición variable entre otras o toma una única dirección<sup>15</sup>. Si la lengua se con-

de una lengua mayor” (Deleuze 1978: 28). Eso corresponde a lo que en el pensamiento de Deleuze es denominado como ‘coeficiente de desterritorialización’, ya que acontece para el caso de Kafka, como ejemplo específico, una “imposibilidad de escribir en otro idioma que no sea el alemán es para los judíos de Praga el sentimiento de una distancia irreductible con la territorialidad primitiva checa”. Este coeficiente es un verdadero punto de fuga que se marca en el uso individual que perturba ciertamente el uso colectivo: se identifica con la marca de estilo, en un medio en donde es adecuado (*prepon*) el uso extraño, tal como recordábamos para el caso de Aristóteles. Pero también es adecuado, como lo sugiere Deleuze, para el caso de los afroamericanos con la lengua inglesa. Ciertamente alude a los trabajos de Labov en Harlem, investigaciones que veremos en su valor específico más adelante, ya que creemos que también se juega en una cuestión de estilo.

<sup>13</sup> Cf. Deleuze en “La literatura y la vida” en *Crítica y clínica* (1997) y en *Kafka o para una literatura menor* (1978) como indicamos en la nota anterior.

<sup>14</sup> Evidentemente este entendimiento acerca del sentido se deriva de la posición de Hjelmslev (1980) en *Prolegomina*: “Vemos que el sentido informe que puede extraerse de todas las cadenas lingüísticas se conforma de modo diferente en cada lengua. Cada lengua establece sus propios límites dentro de la ‘masa de pensamiento’ amorfa, destaca diversos factores de la misma en diversas ordenaciones, coloca el centro de gravedad en lugares diferentes y les concede diferente grado de énfasis. Igual que la misma arena puede colocarse en moldes diferentes y la misma nube adoptar cada vez una forma nueva, así también el mismo sentido se conforma o estructura de modo diferente en diferentes lenguas” (48).

<sup>15</sup> En esto seguimos a Deleuze (1997: 150-1) al señalar la conjunción entre efectos de sentido y la expresión sintáctica representante a su actualización: “y en realidad parece que respecto a estas entonaciones no <se> dispusiera más que de dos alternativas: o bien *hacerlo* (...) o

funde con el habla es tan solo con una habla muy especial, un habla poética que efectúa toda la potencia de bifurcación y de variación, de heterogénesis y de modulación propia del lenguaje.

Gustave Guillaume, en *Langage et science du langage*<sup>16</sup>, consideró a cada término de la lengua no como una constante en relación con otras, sino como una serie de posiciones diferenciales o puntos de vista tomados sobre un dinamismo assignable: el artículo indefinido ‘un’ recorrerá toda la zona de variación comprendida en un movimiento de particularización y el artículo definido ‘el’, toda la zona comprendida en un movimiento de generalización –cada sustantivo, verbo o adjetivo posee en particular por su cuenta un dinamismo en sus propias zonas de variación, como lo entiende Deleuze (1997: 150) a partir de Guillaume. Se trata de un balbuceo, pues cada posición de ‘un’ o de ‘el’ constituye una vibración que repercute en lo restante del texto. La lengua se estremece de arriba abajo en el acontecimiento de la actualización singular. Hay aquí el principio de una comprensión poética de la propia lengua: es como si la lengua tendiera una línea abstracta infinitamente variada. Si se ha reconocido como admirable la obra de Dante, por brindar un ejemplo, es por haber ‘escuchado a los tartamudos’, estudiado todos los ‘defectos de elocución’, no solo para conseguir efectos de habla, sino para emprender una amplia creación fonética, léxica y primordialmente sintáctica, haciendo revolucionar el canon de la *rota virgiliana*<sup>17</sup>.

---

bien *decirlo sin hacerlo*, limitarse a una mera indicación que se deja al cuidado del lector para que este la lleve a cabo”. Para Deleuze existe una tercera vía que se identifica con la consigna ‘decir es hacer’, dotando al lenguaje de un carácter intensivo, afectivo y no solamente la afección que compromete la unidad de un hablante o de un sujeto de la enunciación garante del uso afectado de determinado enunciado. Ese *decir es hacer* es para nosotros la aparición y el acontecimiento de la emergencia de un estilo, de una disposición particular efectuada en un cierto campo enunciativo.

<sup>16</sup> Solo conocemos de modo mediato, i.e. a través de referencias cruzadas, el influjo de este texto de Guillaume en otros que se constituyen por medio de la síntesis y composición de elementos de distintos órdenes de las ciencias humanas. Estas referencias suelen aparecer en textos de filósofos que hablan acerca de lo primordial de los aspectos internos respecto de los efectos trascendentes que se vinculan en su proceso, definiendo los esbozos de un entendimiento acerca de lo virtual que se expresa en todo sistema. De este modo, en Deleuze, por ejemplo, *Mil mesetas* (2002: 310), se emplean los estudios de este lingüista en relación con el comportamiento general de los verbos para ilustrar la relación de una cierta idea del devenir vinculada a la inmanencia que todo proceso testimonia.

<sup>17</sup> Creemos que esta evaluación, hecha por Mandelstam en *Entretien sur Dante* y citada por Deleuze (1997: 152), aporta un punto interesante al perfilamiento de una idea de estilo que recorre tanto las líneas de separación y distribución diferenciada como la síntesis diferencial en que se efectúa propiamente tal un ‘hecho de estilo’. Por un lado, tenemos que el estilo se segmenta siguiendo la escritura dominante y oficial de Virgilio, en alto, medio y bajo (*v.gr.* ‘urbs’, ‘pascua’ y ‘ager’, respectivamente), y por otro, la obra de Dante que trastorna la taxonomía por síntesis y defecto, pero apostando a una radicalización imaginaria del espacio, en

No obstante, es precisamente el privilegio de la sintaxis, del orden de las palabras, de la *dispositio* del texto, lo que determina la tensión que se intenta manifestar en el caso desviado de la correcta enunciación. Es por esta razón que cualquier forma notablemente original en el uso artístico de una lengua, lo que hemos reconocido en préstamo como una literatura menor, es inseparable de un tratamiento sustractivo sobre los enunciados posibles. La variación continua no actúa sobre una economía de las constantes, sino sobre las variantes mismas que se encarnan en tal o cual enunciado concreto que se manifiesta como representativo de una forma particular de hablar. El estilo, como veremos, es sustractivo tanto de la lengua como de la eventual norma que le daría, en principio, lugar.

Si bien con Saussure se ha ganado en un entendimiento estructural y sistemático de la lengua por sobre la inteligencia decimonónica de los estudios históricos o evolutivos sobre el lenguaje, ese aspecto estructural, relacional y diferencial a la vez, que subrayó el ginebrino en la identificación de términos mínimos, casi atómicos, con que identifica cada elemento de todo sistema lingüístico; quizá sea realmente pertinente colocar en un constante movimiento esa estática atómica y estructural, sumándole dinamismo o frecuencia de movimiento y vibración a cada uno de esos términos: hacer que cada término del sistema se comporte virtualmente asumiendo su realidad fluctuante sea una forma consistente de entender los fenómenos lingüísticos<sup>18</sup>.

---

este caso específico, Infierno, Purgatorio y Paraíso: he ahí su valor revolucionario. En uno y otro caso es una cuestión que se ejecuta y se ejerce a través del estilo marcando un punto de fuga que revoluciona las condiciones en donde la lengua misma se plantea: jerarquizando los usos del latín clásico en un latín artístico en el caso Virgilio; sintetizando y figurando el defecto que da lugar a una nueva forma de hablar en el caso Dante. El estilo en este punto es el índice particular y singular de un cambio que se efectúa en miras de lo colectivo: “si el escritor está al margen o separado de su frágil comunidad, esta misma situación lo coloca aún más en la posibilidad de expresar otra comunidad potencial, de forjar los medios de otra conciencia y de otra sensibilidad” (Deleuze 1978: 30). Veremos más adelante, a través de los estudios de Labov, el lugar específico y fundamental del estilo en relación con los aspectos colectivos, sociales e incluso políticos en que se expresa como tal.

<sup>18</sup> Un buen testimonio de este verdadero ánimo investigativo se establece en la obra de Prigogine, *La nueva alianza* (1990), en donde se expresa la idea de una ciencia abierta a las problematizaciones y complejidades de los objetos estudiados a partir del criterio fundamental de la experimentación: “Lejos del equilibrio, *a partir del régimen colectivo de la actividad* y *a priori de una vez por todas* se decide lo que es insignificante y lo que debe tomarse en cuenta. No sabemos *a priori* de qué es capaz una población química y no podemos tampoco establecer una diferencia entre lo que debemos tomar en cuenta y lo que podemos despreciar. Este descubrimiento da un nuevo significado a la idea de complejidad. No es tan solo la predicción la que plantea un problema, sino también la definición del sistema, la definición de su relación con el entorno” (351-2). El texto de Prigogine ciertamente discute con varias de las opiniones más dominantes que determinan los principios, medios y fines más adecuados para regir el quehacer científico. A modo de ilustrar esta discusión, nos parece privilegiada la

En síntesis, podemos sostener que la lengua se inscribe en un dominio que se desenvuelve en un doble proceso que figura su comportamiento y posible evolución. Proceso que se establece en base a tendencias que necesariamente se realizan en cualquier actualización enunciativa y a ciertas consecuencias o efectos que hay que cifrar o determinar: la disyunción intensiva de las entidades lingüísticas semejantes y la conexión o composición de estos mínimos combinables. Si la lengua la consideramos como un sistema tendiente al equilibrio, estas disyunciones siempre estarán definidas bajo los marcos de lo excluyente, o bien serán necesariamente exclusivas la una con las otras –la cifra del valor del signo lingüístico en “ser lo que los otros no son” como afirmó Saussure– y las conexiones solo pueden ser inteligidas como en una constante progresión. No obstante, si llegásemos a pensar estas relaciones de disyunción y asociación que dominan el espacio abstracto que comporta cualquier estructura que se erige como sistema desde un punto de vista dinámico, es decir, siempre deviniendo un término con otro, las disyunciones se nos presentarán como inclusas, inclusivas y las conexiones, reflexivas. A este proyecto está llamada la noción de estilo al establecer los modos en que las variaciones estilísticas, frecuentemente excluidas de los marcos de investigación por ser consideradas *impertinentes*, ya que no tocan ser estudiadas respecto de la estaticidad del sistema, definen los aspectos intensivos o afectos, y no accidentes, de la lengua puesta en su propio devenir.

Es así como el estudio del estilo, en sus distintos niveles, implica determinar y asentar la observación en esta variación *ramificada de la lengua*, como asevera Deleuze y subraya Adam: definir, en fin, los rasgos de operancia de una lingüística de la inestabilidad.

Este asentimiento fija la atención de la realidad del lenguaje bajo la determinación de un necesario *continuum* en que se expresarían las actualizaciones de todo sistema: definir la variación en cuanto y desde la variación misma. Es por esta razón que el sistema ya no es pensable como una realidad estática, sino más bien cabe ser planteada desde una óptica de la complejidad y del dinamismo. Si el sistema es el lugar en

---

crítica a T. Kuhn, filósofo de las ciencias altamente solicitado por la epistemología vinculada a las ciencias humanas, que establece una marcada diferencia, al señalar no las revoluciones que implican la condición de existencia de una ciencia normal o conservadora respecto de principios, objetivos y métodos, sino “las continuidades, no las continuidades *evidentes*, sino aquellas, más escondidas, de las cuestiones a propósito de las cuales no han cesado de interrogarse ciertos científicos. Nos parece que no hace falta intentar comprender por qué se ha continuado, de generación en generación, discutiendo de la especificidad de los comportamientos complejos, de la irreductibilidad de la ciencia del fuego y de las transformaciones de la materia a la descripción de las masas y de las trayectorias; más bien nos parece que la cuestión es saber cómo tales problemas, problemas de los Stahl, Diderot, Venel, han podido ser olvidados” (317).

donde se asientan las virtuales actuaciones de determinadas estructuras y relaciones, la virtualidad no es tanto el campo de lo posible, sino más bien de lo real en cuanto que las estructuras como tales son necesariamente inmanentes al lugar, situación o cuerpo en donde propiamente se encarnan. Es precisamente la inspiración en Bergson la que posibilita una ampliación de la noción de virtualidad, al determinar lo virtual en relación con la capacidad diferenciante de los movimientos de todo sistema que se efectúa, que se realiza como actual<sup>19</sup>.

Esto se expresa, ilustrativamente, en el comportamiento general entre fonemas y alófonos: el fonema en cuanto ideal virtual de todos los sonidos actualizables diferencialmente, es decir, según el criterio de diferencia fonémática, no correspondería a la suma total de los alófonos posibles respecto de un sonido, ya que el sentido mismo de una actualización no solo compromete el nivel referencial de una determinada cadena de sonidos significantes, sino que también la articulación y la aglutinación de órdenes connotativos que dejan de ser simples derivados de un significado proposicional ideal y troncal<sup>20</sup>. Lo virtual en este sentido señala la capacidad diferencial no totalizable respecto de un juego cerrado de un repertorio que no se deja plantear como suficientemente abstracto. En consecuencia, el estilo sería el lugar de la expresión de este juego diferencial entre la virtualidad y la actualización de sonidos, enunciados y textos. Es por esta razón que el estilo marcaría la evidencia y el privilegio del caso y de su tendencia más que una regularidad asimilable a determinados géneros discursivos y situacionales que se constituyen bajo el signo de la totalidad cerrada que asimila sus partes, llevándolas hacia las constantes.

La noción de virtual posee una rica, pero difusa tradición, ya que se inscribe dentro de un umbral de compleja discernibilidad. Marca, en apariencia, un límite entre lo posible y lo real. La dico-

<sup>19</sup> Cf. Deleuze en *El bergsonismo* (1987). De esta forma es posible transformar la idea de estilo como el lugar de la subjetividad, de lo expresivo y afectivo en el lenguaje como, por ejemplo, era postulado por la teoría estilística de Bally; al determinar una nueva imagen de la subjetividad: “lo virtual <en Bergson>, en cuanto se actualiza, en cuanto se está actualizando, es inseparable del movimiento de su actualización, porque la actualización se lleva a cabo por diferenciación, por líneas divergentes, y *crea* por su propio movimiento otras tantas diferencias de naturaleza” (41), en este caso específico, a las fluctuantes y difusas entidades lingüísticas.

<sup>20</sup> Similar forma de argumentar la hallamos en Hjelmslev en sus *Prolegomina* (1980: 57-9), al contrastar la experiencia analítica de la naciente fonología en los trabajos de las escuelas de Praga y de Londres. La discusión de Hjelmslev se centra justamente en el esfuerzo de determinar un criterio efectivo que permita distinguir entre lo invariante y la variante. Más adelante volveremos sobre este punto capital donde el estilo necesariamente debe ser confrontado con la noción dominante de norma.

tomía actual/virtual inscribe una importante decisión teórica en la lingüística general, ya que desde su operancia es posible definir los límites entre lo sistemático de la lengua como un campo de relaciones diferenciales y la realidad efectuada en la enunciación de una sentencia cualquiera. Desde esta perspectiva, no habría que esperar que el cambio lingüístico se exprese en una fuerte mutación que se efectúa por la constancia de acumuladas variaciones del habla, sino más bien situar el origen de la variación como una propiedad esencial del sistema de transformar sus propias reglas diferenciales y productivas. Lo virtual no se opondría a lo real, sino más bien implicaría la comprensión de la realidad de la creación misma, la variación continua de las variables, como opuesta a la actualidad de las relaciones consideradas constantes.

Esta problemática es posible de ser examinada en tres momentos complejos que creemos decisivos en el progreso de la lingüística que bien podríamos denominar como clásica: el estructuralismo de inspiración saussureana, la glosemática y la sociolingüística americana.

La lógica del estudio estructural y sistemático del lenguaje, formulada por los escritos de Saussure, es con seguridad fundada en un pensamiento de la distinción y de la diferencia relativa de los constituyentes del objeto específico que se propone a estudiar. Esta distinción y esta perspectiva diferencial se plantean en virtud de una entramada y consistente repartición de decisiones que se distribuyen en todos los niveles y jerarquías en que se funda la metodología del estructuralismo de raíz saussureana. El texto que se muestra como más demostrativo de la operancia de esta lógica de la decisión que afecta los contenidos y modos de apertura objetiva al estudio estructural del lenguaje es ciertamente el relativo a la definición de valor lingüístico, capítulo cuarto de la sección segunda del *Curso*. El contexto general de la discusión de Saussure toma un carácter radical a la hora de definir la centralidad del criterio de las previas decisiones en donde la realidad heteróclita y fluctuante del lenguaje es fragmentada en la dicotomía lengua/habla, para más tarde fragmentar el estudio de la lengua en las modalidades de sincronía y diacronía. Es posible describir este método como un doble arte de la elección que permite realizar las distinciones pertinentes en cada caso: el primero introduce la distinción de la naturaleza concreta de la realidad compleja del lenguaje y la segunda define los rasgos metódicos alternantes frente al estudio de la sustancia lengua. Distinción de naturaleza y de método se inscriben en la tentativa explicativa por vía estructural. No profundizaremos más en el soporte epistémico de la constitución misma de estas consecutivas alternativas metodológicas para el estudio del complejo lenguaje; solo diremos que la regla general que domina los cortes y las distinciones son de

naturaleza proairética, establecimiento de disyunciones y elecciones sobre el término más analizable<sup>21</sup>.

El lugar en donde se juega la legitimidad de las operaciones de esta lógica se halla ciertamente en la problemática del valor. Saussure había sugerido la importancia axial de este punto relativo al valor al comparar el funcionamiento de la lengua con el ajedrez, determinando uno y otro elemento como un sistema de valores relativos y posicionales. Con esta analogía se intenta probar la legitimidad del estudio de la sincronía por sobre la diacronía, en la medida que el estado de lengua da un índice o un testimonio más eficiente del carácter sistemático de los constituyentes de una lengua: “El valor respectivo de las piezas depende de su posición en el tablero, del mismo modo que en la lengua cada término tiene un valor por su oposición con todos los otros términos” (Saussure 1998: 114). Se sigue de esto que el valor es primordialmente posicional; el sentido de un término se corresponde en el orden espacial respecto de la presencia actual de otro término. Por tanto, el sentido mismo no referiría, en principio, ni a una designación extrínseca al término, ni a una determinación significativa intrínseca a ella misma: un simple juego espacial de relatividades, de vecindades, de solidaridades. El sentido, entonces, es propiamente un efecto de sintaxis, un simple resultado de la composición o combinación de elementos que no son por ellos mismos significantes. El estilo, desde esta óptica, expresaría la particularidad y especificidad de las relaciones entre los elementos de una cadena enunciativa dada: es por esta razón que el estilo se vehicula y se identifica siempre a través de la operancia continua de una línea de variación suprasegmental<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Hallamos testimonio de esta posición en Saussure (1998): “Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito (...) no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad. La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos del lenguaje, *introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación*”(25). Y más adelante, respecto de la disyuntiva metodológica, Saussure se expresa en estos términos: “Así es como la lingüística se encuentra aquí ante su segunda bifurcación. Ha sido primero *necesario elegir* entre la lengua y el habla; ahora estamos en la encrucijada de rutas que llevan la una a la diacronía, la otra a la sincronía” (125). La introducción de ese supuesto orden natural frente al desafío taxonómico de un fenómeno que se comporta huidizo a la óptica científica del lingüista no es más que de naturaleza selectiva y diferencial. Volveremos sobre la apreciación del flujo y el corte que fundamenta la lógica estructural saussureana.

<sup>22</sup> De este modo, la analogía con el ajedrez presente en Saussure, pero también solicitada por la filosofía del lenguaje de Wittgenstein en *Investigaciones Filosóficas*, remite a la posición relativa de las piezas en el tablero y a las reglas que determinarían su forma de movimiento. El sentido de una partida de ajedrez se halla en la ejecución consecutiva de una particular forma de jugar: una jugada puede ser pragmática, bella o sorprendente por el estilo específico en que se configuró la sintaxis de una partida singular. La idea de estilo no define una tachadura a

No obstante, de esta analogía entre lengua y ajedrez solicitada por Saussure es posible desprender otra consecuencia que se define en la apertura de una nueva concepción de espacio, de un espacio estructural que se reconoce en los rasgos de preextensivo y simbólico. Es así como toda estructura es una multiplicidad, tanto de relaciones diferenciales recíprocas entre elementos como también de distribución de puntos singulares que determinan el valor de su actualización. Es por este motivo que la estructura, en cuanto sistema diferencial y posicional, nos brinda un aspecto de lo virtual en donde puntos y relatividades coexisten. Esto es posible en la medida en que la estructura es inmanente a su posible actualización y del campo en donde estas combinaciones se hacen evidentes, ya que la estructura al encarnarse en un determinado momento siempre seguirá una dirección o sentido exclusivo determinado por una serie de combinaciones parciales y, lo más relevante, de elecciones inconscientes<sup>23</sup>. Es por esta razón que tanto lo dicho como lo por decir no agotan la potencia efectiva de todo sistema lingüístico; es más bien en la instancia de lo que se está diciendo donde se expresa la potencia de encarnación de la estructura como tal, el punto en donde lo virtual se manifiesta en una actualidad singular dada.

El estilo, entonces, define los rasgos específicos de esta particularización, muestra la línea del caso en su misma exclusividad, en tanto diferencial y singular, en la instancia propia de su actualización en donde se determina su sentido específico en tal enunciado. Por tanto, el estilo se identifica con la instancia de actualización de tales relaciones y tal repartición de puntos en una cadena enunciativa dada, y no de la totalidad virtual del sistema. La actualización es propiamente, entonces, diferenciación y el estilo deviene como el diferencial en donde acontece, en un aquí y en un ahora, ese proceso de realización que expresa la dirección de una variación continua de las relaciones y la distribución de los términos singulares que componen un enunciado particular. Una importante consecuencia es posible observar desde este punto: la actualización como instancia temporal de diferenciación se constituye no entre una actualización y otra, sino que va de la coexistencia virtual al campo donde acontece su actualización. El tiempo, de este modo, pensado como relación de sucesión de un conjunto o serie de formas actuales, expresa de forma abstracta los tiempos internos de

---

la regla gramatical, sino que se sirve de su operancia para definir la forma singular producir enunciados.

<sup>23</sup> En este tramo del argumento, ciertamente tenemos en mente la noción de repertorio o reserva ideal de Lévi-Strauss, en donde es posible expresar la naturaleza de la estructura como real sin ser actual, ideal sin ser abstracta, es decir, virtual. Para este punto, también cf. Deleuze (1983: 587).

la estructura, o las estructuras que se efectúan en profundidad en esa serie de formas, y las relaciones diferenciales entre esos tiempos: la diacronía, entonces, es una conceptualización comparativa de dos momentos de actualización que replica el acontecimiento de esa fluctuante temporalidad interna y específica que va de lo virtual a lo actual. Es por esto que hacer lingüística diacrónica no es hacer lingüística histórica: “la permanencia es un efecto de azar; si un carácter se mantiene en el tiempo, lo mismo puede suceder que desaparezca en el tiempo” (Saussure 1998: 279).

Ahora bien, tanto la relación como la distribución dentro del sistema se definen bajo la constitución de lo que para Saussure es el valor lingüístico. Para el lingüista, la lengua no es otra cosa que una “intermediaria entre el pensamiento y el sonido, en condiciones tales que su unión lleva necesariamente a deslindamientos recíprocos de unidades: el ‘pensamiento-sonido’ implica divisiones y que la lengua elabora unidades al constituirse entre dos masas amorfas” (Saussure 1998: 141). Esta realidad mediadora entre dos masas amorfas es la que permite determinar a la lengua como un sistema de valores puros, ya que tanto el pensamiento como el sonido no tienen una preexistencia funcional o significativa antes de la configuración recíproca que efectúa la acción de la lengua<sup>24</sup>. De esta forma la lingüística ejecuta su observación en este lugar liminar, en donde se combinan elementos de distinta naturaleza, pensamiento y sonido, y de esta combinación se obtiene una forma y no una sustancia:

“No solamente son confusos y amorfos los dos dominios enlazados por el hecho lingüístico, sino que la elección que se decide por tal porción acústica para tal idea es perfectamente arbitraria. Si no fuera éste el caso, la noción de valor perdería algo de su carácter, ya que contendría un elemento impuesto desde fuera. Pero de hecho los valores siguen siendo enteramente relativos, y por eso el lazo entre la idea y el sonido es radicalmente arbitrario.” (Saussure 1998: 142)

Este principio de arbitrariedad del signo, en Saussure, alcanza un importancia radical, ya que ganado este punto es posible establecer un criterio de inmanencia fundamental, que libera a la lingüística de toda perspectiva trascendente, tanto subjetiva en lo individual como objetiva respecto de lo colectivo. Esto permite a Saussure arrancar los análisis de la lingüística a partir del sistema de solidaridades y no

---

<sup>24</sup> Así es para Saussure (1998): “Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua” (140).

desde la observación de término en término. Por esta razón es posible concluir que:

“Lo que de la idea o de materia fónica hay en el signo importa menos que lo que hay a su alrededor en los otros signos. Pero decir que en la lengua todo es negativo, sólo es verdad en cuanto al significante y al significado tomados aparte: en cuanto consideramos el signo en su totalidad, nos hallamos ante una cosa positiva en su orden. Un sistema lingüístico es una serie de diferencias de sonidos combinados con una serie de diferencia de ideas (...) aunque el significante y el significado, tomado cada uno aparte, sean puramente negativos y diferenciales, su combinación es un hecho positivo; hasta es la única especie de hechos que comporta la lengua, puesto que lo propio de la institución lingüística es justamente el mantener el paralelismo entre esos dos órdenes de diferencias” (Saussure 1998: 151).

Esto produce como resultado el juego de oposiciones lingüísticas, que se funda en la acción de una continua diferenciación, que a su vez constituye a todo sistema semiológico, como es la lengua. Es, en consecuencia, la característica la que constituye la unidad de elementos y es la potencia diferencial que define a la característica como tal. *La lengua es una forma y no una sustancia*, una especie de álgebra de términos complejos, por su relatividad y por su diferenciación: esto es lo que permite a Saussure concluir que la lingüística estudia la lengua por y para sí misma, principio de inmanencia absoluto que determina la exclusión de la experiencia misma del lenguaje.

Esta distinción entre sustancia y forma es capital para la glosemática de Hjelmslev, redefiniendo el principio de inmanencia ya ganado por el pensamiento de Saussure:

“En lugar de ser un obstáculo para la trascendencia, la inmanencia le ha dado una base nueva y mejor; la inmanencia y la trascendencia se reúnen en una unidad superior sobre la base de la inmanencia. La teoría lingüística se inclina por necesidad interior a reconocer no solamente el sistema lingüístico, en su esquema y en su uso, en su totalidad y en su individualidad, sino también al hombre y a la sociedad humana que hay tras el lenguaje, y a la esfera toda del conocimiento humano a través del lenguaje” (Hjelmslev 1980: 112)

El principal interés para Hjelmslev en el análisis lingüístico es constituir una especie de cálculo en donde lo propio de la lengua se revele en sus instancias combinatorias. El sentido, como el pensamiento en Saussure, es una masa amorfa, que se configura como sustancia en la medida en que existe un campo de referencia y una forma que juega diferencialmente con otras, tanto relationalmente

(sintaxis) como correlacionalmente (paradigma)<sup>25</sup>. Sustancia y forma, tanto de la expresión como del contenido, son las claves analíticas que determinan la operancia efectiva de las lenguas. Ahora bien, esta determinación se juega en una decisiva porción de texto que hace alusión precisamente a la interrupción de los flujos paralelos, ideas y sonidos, que opera en la realidad constitutiva del signo lingüístico en la posición de Saussure. Ciertamente la crítica de Hjelmslev es aguda, ya que determina que la sustancia y la forma están íntimamente relacionadas: “Si conservamos la terminología de Saussure resulta claro que la sustancia depende de la forma hasta tal punto que vive exclusivamente a causa de ella y no puede en ningún sentido decirse que tenga existencia independiente” (46). Tanto el pensamiento como los sonidos, ya están determinados formalmente, ya que son sustancias; ninguna tiene privilegio por sobre otra, porque la sustancia es propiamente ya una materia formada. Es por esto que Hjelmslev abandona el *Gedankenexperiment pedagógico* saussereano, para definir en otra dimensión a la materia de la lengua.

La materia de la lengua para la glosemática que inspira la escritura de *Prolegoména* se identifica con la línea de sentido. El sentido deviene en esta teoría en una masa amorfa, que es susceptible de ser configurada por las correlativas expresión y contenido. “El sentido existe provisionalmente como una masa amorfa, como entidad sin analizar que se define solo por sus funciones externas” (47); ya no el pensamiento, ya no el sonido, es el sentido manifestado por una proposición el que aparece al análisis como un indeterminado susceptible de análisis. “Cada lengua establece sus propios límites dentro de la ‘masa de pensamiento’ amorfa, destaca diversos factores de la misma en diversas ordenaciones, coloca el centro de gravedad en lugares diferentes y les concede diferente grado de énfasis” (48); es decir, el papel de las configuraciones lingüísticas se manifiesta en la incrustación de límites y barreras en donde se asienta el peso significante de tal o cual lengua. No obstante, un dominio más impreciso aún se abre en la teoría de Hjelmslev y que es denominado por el lingüista como un diferencial que afecta el grado de énfasis en las proposiciones, discursos y textos. “El sentido continúa siendo, en cada caso, la sustancia de una nueva forma, y no tiene existen-

<sup>25</sup> Así para el lingüista danés: “en una ciencia que evita postulados innecesarios no hay base para afirmar gratuitamente que la sustancia del contenido (pensamiento) o la sustancia de la expresión (cadena de sonidos) precede a la lengua en el tiempo o en orden jerárquico, o viceversa. Si conservamos la terminología de Saussure resulta claro que la sustancia depende de la forma hasta tal punto que vive exclusivamente a causa de ella y no puede en ningún sentido decirse que tenga existencia independiente” (Hjelmslev 1980: 46).

cia posible si no es siendo sustancia de una forma u otra” (48); el sentido, en consecuencia, considerado como una realidad o entidad informe, se actualiza, *en cada caso*, de un modo diferente. El sentido ejecuta la realidad diferencial entre lenguas, entre discursos y entre proposiciones. Podemos afirmar que el sentido ejecuta el paso de realización de aquello que en el sistema permanecía abstracto, como un posible, definido por las funciones de la lengua y las funciones de cada signo. El sentido, desde esta óptica, se nos presenta como en continuo proceso que es siempre cambio por diferenciación. El sentido, entonces, de modo concluyente se caracteriza por ser “una entidad definida solamente por su ‘tendencia de’ función con el principio estructural de la lengua y con todos los factores que hacen a cada lengua diferente de las demás” (47).

El sentido, por lo tanto, es un proceso informe de diferenciación de los enunciados analizables dentro del dominio de la lengua. Esta conclusión es clave para entender el marco, pero también el comportamiento que se identificaría con una noción de estilo: el estilo marca el lugar en donde se expresa el proceso de diferenciación de una cadena enunciativa dada. Para Hjelmslev es el texto en donde se hace visible para el análisis el concepto de proceso como tal. Ciertamente la idea de proceso de la glosemática es problemática, en la medida en que su identidad deriva necesariamente de la existencia apostada de un sistema que haga del proceso algo inteligible, algo legible. “El factor decisivo es que la existencia de un sistema es premisa necesaria para que exista el proceso: el proceso adquiere existencia en virtud de un ‘estar presente’ de un sistema tras el mismo, en virtud de un sistema que lo rija y determine en su posible desarrollo” (36). La inteligibilidad, la legibilidad o la potencia explicativa del análisis al enfrentar cualquier proceso, pende necesariamente de la preexistencia de una lengua o sistema como condición de la posibilidad de su aparición. El argumento decisivo estriba en que es *inimaginable* la existencia de un proceso sin la existencia de un sistema que regule sus condiciones de expresión. Evidente, creemos, es la inspiración kantiana de este argumento y kantiana también es la administración de los problemas derivados de ese aserto, ya que desde esta perspectiva todo proceso es virtual. O como lo señala el propio Hjelmslev:

“Cuando está presente una lengua (sistema), pero no un texto (proceso) correspondiente a la misma, es decir, cuando está presente una lengua prevista como posible por el teórico lingüista, pero no lo está ningún texto, sea natural o construido por él mismo partiendo del sistema, el teórico lingüista puede considerar la existencia de tales textos como una posibilidad, pero no tomarlos como objetos de un análisis particular. En este caso, decimos que el texto es virtual” (37).

La consecuencia más visible para la teoría glosemática de este argumento es la posibilidad de establecer un repertorio cerrado de categorías u operaciones de análisis que define los rasgos deducible de un sistema *cerrado*: un algoritmo. Las cuatro categorías o funciones, que nos parecen muy cercanas a las categorías de la deducción trascendental kantiana, distribuyen el funcionamiento sistemático de la cohesión, la reciprocidad, la relación y la correlación en donde se funda el análisis de una cadena particular. No obstante, como el mismo Hjelmslev reconoce, el proceso posee un carácter más *concreto* en la medida en que es el texto, sea real o virtual, el lugar en donde se *realizan* las operaciones categoriales que otorgan efectividad a las reglas o configuraciones específicas de cada lengua. Es por esta razón que el sentido aparece como indeterminado o inadministrable por parte de la teoría, ya que la forma sustantiva en que se despliega el dominio del sentido en una y otra lengua es difusa e incommensurable. No así la legalidad funcional universal de la configuración lingüística que brinda una forma específica y diferencial a lo que antes aparecía difuso o informe.

El problema estriba en que virtual no se opone a real, sino a lo actual. La virtualidad, la potencia operativa y productora de las configuraciones, es lo que determina la ejecución por diferenciación de los eventuales enunciados actualizables por un sistema idiomático. El estilo, en consecuencia, marca el traspaso entre la masa informe del sentido y las reglas de configuración lingüística en donde un pensamiento adquiere consistencia, i.e., se transforma en una materia expresamente formada. El estilo se fija en tal o cual disposición concreta en que se efectúa una línea de sentido, traspasando asimiladamente todas las instancias mínimas que componen el proceso, un enunciado o un texto. El estilo, entonces, define la vehiculación suprasegmental del sentido de toda proposición: es por esto que el estilo se identifica con la variación, ya que expresa la forma particular de diferenciación entre la típica del sistema y la actualización concreta de un texto.

O bien, de una forma de hablar, como es posible apreciar en los trabajos de W. Labov para el inglés afroamericano, en su artículo “El estudio del lenguaje en su contexto social” (1983). Estos estudios han mostrado la contradicción o la paroja sintetizada en la distinción lengua/habla: se define la lengua como la parte social o convencional del lenguaje; se remite, al contrario, el habla a las variaciones individuales; pero, al estar la parte social cerrada sobre sí misma, resulta indiscutible que un único individuo testimoniará por derecho e intuitivamente el funcionamiento de la lengua, independiente de toda circunstancia exterior; mientras que el habla solo se descubrirá en un contexto social. Tanto en Saussure como en Chomsky se repite la misma paroja: el

aspecto social del lenguaje es posible estudiarlo en la intimidad de un despacho, mientras que su aspecto individual exige una investigación en el seno de la comunidad<sup>26</sup>. De esto se puede extraer una importante consecuencia: el sentido y la sintaxis de la lengua solo es posible definirlos a partir de los actos de habla que ella presupone, ya que el habla se revela en su instancia de actualización no como un uso individual pendiente de una significación primordial o de un modelo sintáctico previo. De este modo, Labov recurre a la implantación metodológica de la variación y del estilo para poder determinar usos específicos de una comunidad particular. Lo vernacular funciona como un punto de llegada de toda instancia analítica que se manifiesta en el diseño de la entrevista que va desde una forma de hablar controlada a la menos controlada. La noción de estilo en términos labovianos viene supeditada por distintos niveles de control que posee el hablante respecto de la situación y de las formas posibles de actualización. Este determina un campo de alternancia estilística que se manifiesta a través de la observación de las autocorrecciones que un hablante ejecuta dentro de la instancia analítica de la entrevista.

Bordieu, en “El mercado lingüístico” (1998), observa hablando de Labov que: “la originalidad de su estudio sobre la manera de hablar de Harlem consiste, en gran parte, en que toma nota de ese efecto de la relación de encuesta para ver cuál era el resultado cuando el encuestador no era ya un anglófono blanco, sino un miembro del ghetto hablando con otro miembro del ghetto” (151). Esto da cuenta de que la instancia entrevista es fundamental respecto del carácter de los resultados entre una y otra forma de ser planteada: es distinto el nivel de control respecto de la proximidad, en este caso racial, de los participantes de la entrevista. Esto muestra que para la óptica de Labov el fenómeno de la variación es absolutamente determinable, apelando al relevo de factores pertinentes identificados en el particular *modus* de la entrevista; pero también es legítimo el uso supuestamente desviado de una norma, respecto de un criterio de aceptabilidad que funciona

<sup>26</sup> De este modo es lícito para Labov (1983) afirmar que: “El aspecto social del lenguaje es estudiado observando a cada individuo, pero el aspecto individual solo se capta observando el lenguaje en su contexto social” (238). Ya definido ese contexto social a través del relevo de ciertos factores que definen la pertinencia y el funcionamiento de un determinado número de variaciones es posible: “aprehender el lenguaje <y> examinar los datos del habla cotidiana lo más detallada y directamente posible, y caracterizar su relación con nuestras teorías gramaticales con la mayor precisión posible, corrigiendo y ajustando la teoría con el fin que se aadecue al objeto de estudio” (256). Es así como la gramática, en términos de la típica generativa chomskiana, lejos de ser universal y determinar el esquema invariante de las posibles actuaciones particulares, deviene siempre provisional, manifestando toda su capacidad transformacional, liberándose de la simple potencia generativa que reproduce ciertos tipos proposicionales.

como garante de los términos en adecuación comunicacional<sup>27</sup>. Ahora bien, la referencia a lo vernacular solo es posible de ser comprendida dentro de marcos comunicacionales que hacen lícita su manifestación, la que sigue siendo completamente tributaria de una instancia superior que permite su enunciación: la forma de hablar o estilo más controlado representada por la lengua o norma estándar. Y como la misma palabra *vernacular*<sup>28</sup> señala, la variación no es libre ni continua, ya que su existencia y manifestación dependen absolutamente de la preexistencia de una norma más elevada y prestigiosa: una lengua mayor que condiciona las particularidades estilísticas que manifiesta una lengua menor.

Las nociones de ‘mayor’ y ‘menor’ no caracterizan dos tipos de lengua, sino más bien corresponden a dos usos o funciones de una misma lengua. Con cierta frecuencia se han indicado dos tendencias de estas variedades menores de la lengua: una devaluación o degradación de las formas, sean sintácticas o léxicas, y una curiosa proliferación de efectos cambiantes, una inclinación por la sobredeterminación y la paráfrasis. La interpretación habitual de la lingüística se identifica en el acto de invocar un rasgo de pobreza y un manierismo de consustanciales. La pobreza, como hemos notado, es una restricción de las constantes, y la sobrecarga, una extensión de las variaciones para desplegar un *continuum* que arrastra los constituyentes de un enunciado. De este modo, es posible entender el aserto de Deleuze (1997) cuando afirma que la “pobreza no es una carencia, sino un vacío o una elipse que hacen que rodee una constante sin comprometerse con ella, que se la aborde por encima o por debajo sin instalarse en ella” (106). Por otro lado, la sobrecarga es una paráfrasis o rodeo cambiante que remite o evoca la presencia difusa de un discurso indirecto en el seno

<sup>27</sup> Distinto es el caso de Bernstein, por ejemplo, en sus estudios sobre el inglés del proletariado londinense, en donde la variación aparece como un uso problemático y defectuoso respecto de una norma considerada como prestigiosa y conservadora del acervo cultural e histórico. Pratt en “Utopías lingüísticas” (1989) caracteriza como paradójicos los resultados y las formas de análisis entre Bernstein y Labov: “Labov al trabajar en el marco de la LC <Lingüística de la Comunidad>, propone que el inglés de los negros no es ningún problema; para Bernstein, al trabajar en el marco de la LC, la cultura verbal de la clase obrera no es otra cosa que un problema. Como sucede con la mayoría de las teorías distópicas la solución que parece derivarse de la teoría de Bernstein es la disolución de la subcomunidad, maniobra que transgrede completamente el ideal de la comunidad, y que con razón enfurece a sus partidarios” (67). El problema radica, a nuestro parecer, en la idea de comunidad que se tenga: homogeneizar las comunidades respecto de un referente ideal, o bien asumir la heterogeneidad observable en las diferentes costumbres y modos de hablar que coexisten en una misma cultura. En este sentido, el estilo aparece como el índice diferencial que expresa las instancias singulares de diferenciación que se imprime en actualizaciones particulares de un mismo sistema idiomático.

<sup>28</sup> Del latín *vernaculus, a, um*, ‘relativo al esclavo nacido en casa’.

de todo enunciado<sup>29</sup>. En uno y otro caso se advierte una aversión de las referencias, decae el privilegio de la forma constante a favor de las diferencias en dinámica. Es en este sentido que el estilo se identifica con un procedimiento que funciona por diferenciación, la que es posible en el tratamiento de variación continua que afecta a la lengua.

De este modo, las lenguas o usos considerados como menores no se identifican con una pobreza y una sobrecarga con relación a una lengua mayor o estándar; recordemos el caso de Labov y su noción de vernacular. Existe, más bien, sobriedad y variación que corresponde a una manera específica de tratar a la lengua estándar, un devenir menor de la lengua mayor: la instancia de actualización, singular y específica del enunciado proferido, es marcada y expresada a través de una disposición particular, un estilo.

No obstante, estas particularidades poseen un comportamiento repetitivo que consolida su existencia y, consecuentemente, su reconocimiento. Como así lo había indicado Barthes en su artículo “El estilo y su imagen”, hacia el año 1969, al definir los límites de una nueva esfera de estudios estilísticos, al liberar el concepto de estilo de los dualismos forma/fondo y norma/desviación. La propuesta de Barthes (1987) sostiene la determinación transformacional a la que es susceptible cualquier discurso al:

---

<sup>29</sup> De este modo, en Deleuze (1997), se afirma que: “Si el lenguaje siempre parece presuponer el lenguaje, si no se puede fijar un punto de partida no lingüístico es precisamente porque el lenguaje no se establece entre algo visto (o percibido) y dicho, sino que va siempre de algo dicho a algo que se dice” (82). Esta es una de las tesis más interesantes que es posible referir respecto de una especie de genética del lenguaje, rastreable desde las obras de Bataille y Blanchot, en donde se potencia una noción de neutralidad que se testimonia en la disolución de un sujeto de la enunciación que garantiza la realidad y significación de todo enunciado. Creemos que este entendimiento acerca del discurso indirecto también atravesía en distintas instancias la obra de Foucault, específicamente en las nociones de enunciado y dispositivo. Por esta razón, creemos que es capital la investigación de Ducrot (1994) respecto de la forma y comportamiento de la enunciación, en donde la *sui-referencialidad* de los propersonales ‘yo-tú’ no explica la realidad o efecto del performativo, sino a la inversa, es el hecho de que un cierto repertorio de enunciados están reservados para cierto tipo específico de acciones: “El discurso referido implica un cambio de enunciador y hace aparecer una pluralidad de voces diferentes sostenidas por un único locutor. El rasgo característico de esta situación es que la finalidad explícita del discurso no consiste en referir palabras; las palabras referidas se integran en un discurso sobre las cosas” (140). Nos encontramos con un problema de referencia y de sentido, que ya habíamos observado a propósito de la glosemática, como así insiste Ducrot: “No debemos considerar al enunciado como un medio para afirmar la verdad de un sentido; tendríamos que decir, más bien, que manifiesta el sentido. Desde este punto de vista, la afirmación se vuelve interna respecto del sentido” (143). El sentido, entonces, deviene en un asunto de mostración y no aserción, en el enunciado mismo: es por esto que podemos entender el estilo como una especie de calidad dispositiva específica en que se da en el enunciado esta misma mostración de un sentido: un tono específico en los fonemas, el acento en un morfema y la particular entonación de una cadena sintáctica.

considerar los rasgos estilísticos como *transformaciones*, bien derivadas de fórmulas colectivas (de origen ilocalizable: literario o preliterario), o bien, por juego metafórico, formas idiolectales; en ambos casos lo que debería dominar el trabajo estilístico es la búsqueda de modelos, de *patterns*: estructuras frásticas, clichés sintagmáticos, comienzos y cierres de frases; y lo que debería animarla es la convicción de que el estilo es esencialmente un procedimiento de la cita, un corpus de trazos, una memoria (en sentido cibernetico), una herencia basada en cultura y no en expresividad. (158)

A pesar de que la definición y alcance de estos tipos lingüísticos aún requieren de un código, en este caso de orden histórico y cultural, el aporte de Barthes, derivado de su estudio sobre Balzac, es deligar la naturaleza del estilo a una mera expresividad del escritor o sujeto de la enunciación, devolviendo el comportamiento estilístico y su singularidad al ámbito de su propia manifestación en el enunciado. Es una cuestión de sintaxis, pero de una gramática de orden facultativo y no prescriptivo o categorial. De esta forma, la variación continua a la que se ven expuestas las constantes apostadas en el sistema o en el código colocará en tensión la misma naturaleza estática en que se ha pensado o entendido la estructura lingüística:

<si> el código cultural que apoya a la enunciación es objeto de una denuncia es solo porque aquella puede ser transformada en proverbio, en máxima, en postulado; la transformación estilística pone ‘a prueba’ el código, pone al desnudo la estructura, descubre la perspectiva ideológica. Esto, que es fácil para los proverbios (cuya forma sintáctica, arcaizante, es muy especial), lo es mucho menos para los otros códigos del discurso, pues el modelo frástico, el ejemplo, el paradigma que expresa cada uno de ellos no ha sido (todavía) despejado. (Barthes 1997: 83)

De esta manera, el estilo asume una vinculación constitutiva con la exterioridad, afectando a través de la singularidad e iteración de sus patrones distintas instancias contextuales en donde se produce su enunciación, y que Barthes precisamente lo relaciona con el contenido formal de una ideología, dentro del ámbito de un sistema de signos connotados. En consecuencia, el estilo es la *dispositio* del dispositivo en la medida en que se identifica con la posición siempre variante en donde se manifiesta y se apropiá adecuada y expresamente la iteración de ciertos contenidos que emergen en el sistema cultural que les da lugar.<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> Es, por tanto, del dominio del estilo todo tipo de enunciación que se establece como una consigna, como una marca diferenciante atribuible a lo que Deleuze (1997) define como ‘régimen de signos’. ‘Nosotros llamamos *consignas* a la relación de cualquier palabra <habla> o enunciado con presupuestos implícitos, es decir, con actos de habla que se realizan

En suma, como lo afirma Deleuze (1997), el estilo no es otra cosa que el lugar

“donde el lenguaje deviene intensivo, puro *continuum* de valores y de intensidades. Ahí es donde toda la lengua deviene secreta y, sin embargo, no tiene nada que ocultar, en lugar de crear un subsistema secreto en la lengua. A ese resultado solo se llega por sobriedad, sustracción creadora. La variación continua solo tiene líneas ascéticas, un poco de hierba y de agua pura” (102).

## REFERENCIAS

- ADAM, Jean-Michel 1997. *Le style dans la langue*. París, Delachaux et Niestlé.
- ARISTÓTELES 1990. *Retórica*. Madrid, Gredos.
- BALLY, Charles 1951. *Traité de stylistique française*. Paris, Klincksieck.
- BARTHES, Roland 1997. *S/Z*. Madrid, Siglo XXI.
- 1987. *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós.
- BORDIEU, Pierre 1998. “El mercado lingüístico” en *Sociología y Cultura*. México, Grijalbo.
- CARRETER, Fernando 1990. *Diccionario de términos filológicos*. Madrid, Gredos.
- DELEUZE, Gilles 1997. *Mil mesetas*. Valencia, Pre-Textos.
- 1996. *Crítica y Clínica*. Barcelona, Anagrama.
- 1987. *El bergsonismo*. Madrid, Cátedra.
- 1983. “¿En qué se reconoce el estructuralismo?” en *Historia de la filosofía: ideas y doctrinas* de François Châtelet. Madrid, Espasa-Calpe. Tomo IV.
- 1978. *Kafka o para una literatura menor*. México, Era.
- DUCROT, Oswald 1994. *El decir y lo dicho*. Buenos Aires, Edicial.
- FOUCAULT, Michel 1997. *Obras esenciales*. Barcelona, Paidós.
- FOWLER, Roger 1996. *Linguistic Criticism*. New York, Oxford University Press.

---

en el enunciado, y que solo pueden realizarse en él. Las consignas no remiten únicamente a mandatos, sino a todos los actos que están ligados a enunciados por una ‘obligación social’. El lenguaje solo puede definirse por el conjunto de consignas, presupuestos implícitos o actos de habla, que están en curso en una lengua en un momento determinado” (84). Por ejemplo, enunciados que efectúan mandatos, veredictos, eslóganes académicos y políticos, los que provocan efectos y transformaciones incorporales en los individuos que asimilan dichas formas de discurso y enunciación. El estilo, en esta perspectiva, se muestra como el índice específico de expresión de estas formas de consignar el contexto real de determinada forma de enunciación: la *dispositio del dispositivo*. O bien, de un régimen de signos: “como bien <lo> muestra Foucault, los regímenes de signos solo son *funciones de existencia* del lenguaje, que unas veces pasan por lenguas diversas, otras se distribuyen en una misma lengua, y que no se confunden ni con la estructura ni con las unidades de tal o cual orden, sino que las atraviesan y las hacen aparecer en el espacio y en el tiempo. En ese sentido, los regímenes de signos son agenciamientos de enunciación, y ninguna categoría lingüística es suficiente para explicarlos: *lo que convierte una proposición o incluso una simple palabra en un ‘enunciado’* remite a presupuestos implícitos, no explicitables, que movilizan variables pragmáticas específicas de la enunciación (transformaciones incorporales)” (142-3).

- GREIMAS, A. J. y J. COURTÉS 1990. *Semiotica*. Madrid, Gredos.
- GUILLAUME, Gustave 1970. *Temps et verbe, suivi de L'architectonique du temps dans les langues classiques*. Paris, Librairie Honoré Champion.
- HJELMSLEV, Louis 1980. *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- JACQUES, Francis 1998. “Del orden del discurso al orden del texto” en *Seminarios*. Santiago, P. Universidad Católica de Chile.
- LABOV, William 1983. “El estudio del lenguaje en su contexto social” en *Modelos Sociolingüísticos*. Madrid, Cátedra.
- MARCHESE, Angelo y Joaquín FORRADELLAS 2000. *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona, Ariel.
- NIETZSCHE, Friedrich 2000. *Escritos sobre retórica*. Madrid, Trotta.
- PRATT, Marie Louise 1989. “Utopías lingüísticas” en *La lingüística de la escritura*. Madrid, Visor.
- PRIGOGINE, Ilya 1990. *La nueva alianza*. Madrid, Alianza.
- SAUSSURE, Ferdinand 1998. *Curso de lingüística general*. Madrid, Alianza.
- SPITZER, Leo 1955. *Lingüística e historia literaria*. Madrid, Gredos.